



## II DOMINGO DE CUARESMA\*

### “Éste es mi Hijo, mi Elegido; escúchenlo”

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

**Lecturas:** Génesis 15,5-12.17-18; Filipenses 3,17-4.1; Lucas 9,28-36.

En los tres Ciclos de lecturas, en el segundo domingo de cuaresma se lee el relato de la “transfiguración del Señor”. Los tres evangelios sinópticos lo ubican en un contexto semejante: después del primer anuncio de su pasión y muerte a los discípulos, seguido de la invitación a seguirlo “tomando su cruz cada día”, y de la promesa de que algunos no morirán “hasta que vean el Reino de Dios”. (Lc.9,22.23.27). Los discípulos, después del anuncio de la pasión debieron quedar turbados en su interior, aunque no reaccionaron, ni le hicieron alguna pregunta.

Más bien, Jesús responde llamando a tres de ellos a compartir una experiencia singular reveladora que anticipa lo que será su identidad gloriosa. Los lleva consigo al monte, lugar bíblico de teofanía y de revelación. Lucas, siempre sensible a esa actitud de Jesús, indica: “Y subió al monte a orar”. También lo anota al relatar el bautismo: “Jesús, ya bautizado, se hallaba en oración” (Lc.3,21). La “voz del cielo”, que resonó junto al Jordán y ahora en el monte, corresponde a ese momento orante de Jesús. En las dos ocasiones se oye la voz del Padre: “Tú eres mi Hijo”. Pero ¿qué querrá decir ser ‘Hijo de Dios’?, ¿cómo vivirlo? Se requerirá un tiempo de “desierto”, de oración intensa para discernir entre posibilidades y expectativas, serán como “tentaciones” del enemigo que es preciso superar en la oración personal y en la escucha y el diálogo en la comunidad.

“Y mientras oraba, el aspecto de su rostro se cambió y sus vestidos eran de una blancura fulgurante”. Ante esa relación apuntada por Lucas uno se pregunta: ¿Cómo oraba Jesús? Sin duda, era una experiencia de comunicación amorosa con el Padre, tan intensa que lo transfiguraba: “su rostro se cambió”. ¿No nos pasa igual ante una emoción intensa de alegría, o de temor? El rostro es como el testigo de una conmoción interior profunda. En Jesús revela la intensidad de su experiencia de relación con su Abba. Eso es orar: no tanto rezar, recitando fórmulas de plegaria o de petición, sino dejarse amar por el Dios bueno y devolverle su amor. La oración nos transforma, -

---

\* Ciclo C

transfigura- se extiende a todo el cuerpo –cabeza, corazón, manos- que reconociéndose “hijo o hija de Dios”, se reconoce igualmente hermano o hermana, se estremece ante el sufrimiento y opresión de los hermanos oprimidos y se une a su compromiso liberador. Orar como Jesús en un mundo como el nuestro, no es una expresión de espiritualidad evasiva, sino experiencia de Dios, presente en quienes sufren, y compromiso de solidaridad y justicia con los pobres.

Los tres evangelistas anotan la presencia de Moisés y Elías conversando con Jesús. Lucas precisa el detalle: “los cuales aparecían en gloria”, y concreta el tema de su conversación: “hablaban de su partida, que iba a cumplirse en Jerusalén”. Precisamente lo que tanto había desconcertado a los discípulos. La aceptación de su pasión y muerte se vislumbra como glorificación anticipada de Jesús, que Pedro querría prolongar haciendo “tres tiendas”. Con una descripción de sabor bíblico –“se formó una nube y lo cubrió con su sombra”- acontece la teofanía reveladora de la identidad de Jesús: “Y vino una voz desde la nube, que decía: ‘Éste es mi Hijo, mi Elegido; escúchenlo”. La voz venía para los discípulos, que seguían ya a Jesús, pero al que no terminaban de entender: cómo conjugar lo de la cruz con lo de “mi Hijo”. Y también para nosotros, que tratamos de acercarnos a la figura histórica de Jesús, pero nos cuesta aceptar lo que significa “mi Hijo” y que para seguirlo haya que “tomar su cruz cada día”. “Escúchenlo”: Es el preámbulo del “seguimiento”, y no de manera selectiva, eligiendo algunas palabras y acciones, sino el testimonio íntegro de su vida y mensaje. Escuchar es una actitud muy humana. Es el principio de una auténtica comunicación entre las personas. Y también con Dios: escuchar para hablarle, escuchar para orar, escuchar para poner en práctica su palabra. Escucharle también cuando nos habla a través de los sufrimientos y de las palabras de nuestros hermanos.

Marcos y Mateo concluyen el relato con la orden de Jesús de que no cuenten lo vivido hasta que haya resucitado de entre los muertos (Mc. 9,9; Mt.17,9). Lucas simplemente señala que “ellos callaron y, por aquellos días, no dijeron a nadie nada de lo que habían visto”. Esta lectura, casi al comienzo de la cuaresma, nos marca el camino: escuchar, meditar, vivir, poner en práctica lo que Dios ha revelado de Jesús; en su vida tan humana y entregada a los pobres y humillados es “el Hijo de Dios”. En el tiempo de cuaresma tendemos a concentrarnos en el camino hacia la cruz y muerte de Jesús. La Pascua encuentra su plenitud en la resurrección, que revela el verdadero sentido de la cruz y de toda la vida de Jesús.

La primera lectura está tomada del Génesis, nos remonta hasta los inicios de la fe: el patriarca Abrahán, padre de los creyentes. Confiado en la palabra de Dios salió de su patria, aun sin tener claro cómo se habría de cumplir la promesa de una gran descendencia: “Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas, Y le dijo: ‘Así será tu descendencia’. Y creyó él en Yahvé”. A la sazón, Abrán era ya anciano y su mujer Sara estéril. Su fe se apoya escuetamente en la promesa de Dios, que se irá aclarando y cumpliendo por caminos que Abrán no siempre logrará entender. Así es la fe: confianza en Dios y su palabra, más que conclusión de nuestras evidencias.

La segunda lectura está tomada de la carta de san Pablo a los Filipenses, comunidad a la que Pablo se reconoce especialmente vinculado. Les escribe: “Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos ustedes” (Fil.1,3-4). Les escribe estando arrestado en Éfeso, rebosante de esperanza en que sus cadenas sirvan de testimonio para muchos. Conoce que en la comunidad hay problemas: “muchos viven...como enemigos de la cruz de Cristo”, se lo escribe “con lágrimas”. Les recuerda que “nosotros somos ciudadanos del cielo”, “esperamos como Salvador al Señor Jesucristo”. Y hace una afirmación que podría ser una leve alusión a lo que leemos en el evangelio: “el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso”. La transfiguración del Señor ante los tres discípulos fue como un anticipo de lo que sería “su cuerpo glorioso”, resucitado, y, de alguna manera, lo que llegaremos a ser por nuestra incorporación a la gloria del resucitado. Para Pablo, la fe en lo que llegaremos a ser en Cristo debería anticiparse en una vida conforme a la de Jesús. El final de esta exhortación resulta conmovedor por su reiterada carga afectiva: “Por tanto, hermanos míos queridos, mi gozo y mi corona, mantengámonos firmes en el Señor, queridos”.

La cuaresma es tiempo de reavivar la fe, ahondando con el testimonio de Abrahán, la confianza en la palabra y las promesas del Señor. Reavivemos también con Pablo el cariño por nuestra comunidad eclesial, acompañándonos, corrigiéndonos y exhortándonos a una vida coherente con el evangelio. Y, contemplando a Jesús transfigurado, reafirmemos nuestra esperanza de participar en su gloria. Este “pobre cuerpo”, con sus trabajos, con sus debilidades y con sus logros, será un día también “transfigurado”. Este “pobre cuerpo” no es despreciable. A través de él nos comunicamos, estrechamos lazos de amistad y de solidaridad con los demás. El tiempo de cuaresma es indicado para recrear las formas de nuestra fe y confianza en Dios, el Dios de Abrahán, el Dios de Jesús y Padre nuestro, el Dios que nos capacita para un amor solidario con los hermanos más pequeños y olvidados de nuestra sociedad. Más que privaciones de algunos alimentos, como se recomendaba en el pasado, habrá que esmerarse, durante la cuaresma, en avivar nuestra experiencia orante y en concretar gestos de respeto y de solidaridad para con los más vulnerables y menos tenidos en cuenta.